

Aportes de la Psicología Cultural para comprender la Violencia Intrafamiliar¹

María Cristina Tenorio

Psicología Cultural es el nombre que recibe una perspectiva en la investigación y conceptualización psicológicas que, aunque relativamente reciente como movimiento, tiene renombrados antecesores. En los últimos 15 años, los psicólogos del primer mundo se han visto enfrentados a la exigencia de comprender las diferencias en la inserción en el aparato escolar, y en otras instituciones, de las comunidades emigrantes a países que hasta ese momento sólo reconocían en sus habitantes una identidad dominante. El melting pot americano se fragmentó cuando cada comunidad cultural reivindicó el derecho a la diferencia; igual ha ocurrido con países como Francia, Inglaterra y otros, al tener que asimilar a sus excolonizados, aunque sin lograr imponerles la identidad nacional —francesa o inglesa. Las diferencias identitarias dentro de los países siempre han existido —a nivel étnico, regional y entre clases sociales—, pero hasta hace unos años no había el reconocimiento político de las mismas, ni el interés de ofrecerles programas y servicios educativos, de salud u otros, que tuvieran en cuenta y se adecuaran a esas identidades diferentes. Por esta misma razón, los psicólogos no se habían planteado el problema de cómo orientar sus servicios de orientación, terapia y demás a comunidades cuyas metas y prácticas difieren de las hegemónicas.

Fue necesaria la confrontación con estas dificultades para que surgiera la necesidad de reformular la mirada de la psicología sobre lo normal, lo esperado, lo correcto; y por tanto, la urgencia de reformular sus conceptualizaciones y prácticas frente a lo que se ha llamado patológico, retrasado, o sociopático. Pero incluir las variantes que la cultura produce en los seres humanos es un problema que va más allá de cambiar la posición política. Exige a la psicología

¹ Segundo Encuentro de Experiencias de Sistematización: Foro Municipal “Familia y Convivencia en la ciudad”. Cali Mayo 12 del 2004

romper su encierro disciplinario, y aprender de las otras disciplinas humanas y sociales y con ellas cómo son los seres humanos cuando no pertenecen a la clase media alta de los países de Occidente —población típicamente adoptada como norma o estándar por los estudios y teorías psicológicas clásicos.

I

Los seres humanos estamos determinados genéticamente en todo lo referente a nuestra vida vegetativa. No necesitamos intervenir ni aprender lo relacionado con el crecimiento y funcionamiento orgánico. Nuestra vida social, por el contrario, no está regida por la genética, y debe ser aprendida. Desde hace aproximadamente 10.000 años quedó fijada la especie *homo sapiens*, tal como hoy en día existe, por lo que los cambios en la conducta de la especie y en las relaciones inter especie no pueden atribuirse a la genética. Al contrario de los mamíferos superiores, e incluso de los simios, nuestras relaciones sociales son el resultado de un complejo proceso de evolución histórica, la cual exige fecundas modalidades de aprendizaje y de enseñanza deliberada, inexistentes entre los primates. Estas modalidades de aprendizaje exigen varios elementos fundamentales:

- Un aparato neuronal muy maleable, el cual no sigue un formato único, sino que se modela y organiza según las experiencias y exigencias del contexto vital y relacional, dando lugar a mentes y sensibilidades diversas. Por lo cual no existe una mente humana única, ni sentimientos idénticos frente a los hechos de la vida.
- La existencia de un sistema de significación y comunicación muy elaborado: las lenguas humanas. Algunos animales tienen sistemas de comunicación simples, pero no de significación. Nuestro primer sistema de significación —la lengua materna— da sentido y valor particular a cada una de las experiencias vitales, al tiempo que imprime bajo la forma de conexiones neuronales nuestra memoria personal y nuestra identidad.
- Una organización social regida por una cultura particular: las sociedades humanas. Estas sociedades han evolucionado históricamente, creando modelos muy diversos de cómo comportarse socialmente, lo cual ha llevado a que la organización del psiquismo humano, producto de la vida en sociedad, sea cada vez más compleja. Las instancias sociales de control se internalizan cada vez más, y esta internalización se hace cada vez más tempranamente. La mentalidad y sensibilidad del individuo contemporáneo, perteneciente a sociedades desarrolladas, tienen muy poco en común con las de los individuos de los siglos XI o XIII —fueran ellos caballeros, cam-

pesinos o monjes— tanto de Occidente como de Oriente.

- Una situación particular de las crías humanas: su premadurez al nacimiento y su larga indefensión y dependencia; situación que ha llevado en todas las épocas de la humanidad a la organización de unidades sociales de cuidado y formación de la prole, lo que corrientemente llamamos “familia”. Ésta, de ninguna manera puede confundirse con las agrupaciones animales, regidas por instintos. La familia humana es una institución, en el sentido antropológico, por tanto obedece normas culturales; sus formas de organización son diversas y cambiantes y no existe una progresión, ni un modelo mejor que otros.

Retomo las consecuencias de los planteamientos anteriores:

Los seres humanos somos seres de sentido. Cada experiencia que vivimos la experimentamos y la archivamos en nuestras sinapsis como memoria consciente o inconsciente, pero no como hecho bruto, sino cargada de significado. El significado no necesariamente corresponde al significado objetivo que los demás verían como evidente, sino al significado personal, según la manera como lo ha interpretado quien experimentó la situación (bebé, niño, joven o adulto). Lo vivido no se puede cambiar, pero sí puede cambiarse la interpretación de lo vivido, precisamente cambiando el sentido que la persona inicialmente le atribuyó.

El sentido de los hechos no es una mera construcción personal, sino que nos viene de fuera, de los significados con los que nos envuelven, nos acunan, los adultos con quienes nos criamos; significados que incorporamos - en el sentido literal de volverlos parte de nuestro cuerpo, de convertirlos en formas de reacción corporal.

El yo es construido socialmente y el psiquismo está determinado por el tipo de cultura a la que se pertenece, por cuanto está formado por diversas instancias producto de la internalización del mundo social externo. Funciona conjugando permanentemente a esos otros que lleva incorporados dentro de sí, y que le definen modelos de cómo pensar, qué sentir y cómo actuar cotidianamente: como hombre o como mujer; como niño, joven, o adulto mayor; con los pares, o con los superiores o inferiores. Pero también intentando poner de acuerdo internamente exigencias de placer y satisfacción de anhelos y deseos, basados en las pulsiones, con exigencias reguladoras y controladoras que ha interiorizado de la cultura. Al tiempo que debe tener en cuenta a los otros externos que funcionan como referente social.

El sentido de los hechos cambia con las épocas y con las culturas. Cada cultura provee una cosmovisión, y dentro de ella se organizan creencias, normas y patrones que regulan las conductas, modelos implícitos o explícitos para cada rol y función, y prácticas adecuadas para cada situación de la vida. Cómo interpretar la conducta del otro no es por tanto algo improvisado sino que depende de los sentidos que la cultura particular asigna a esa conducta. Así, la misma conducta tiene sentidos y valoración diferentes según la cultura de que se trate: a) en una cultura holística, jerárquica y tradicional, el que un niño formule preguntas al adulto sobre un saber que se le enseña puede significar falta de humildad, querer sobresalir por encima de los demás e irrespeto por la palabra y el saber de los adultos; su conducta será reprochada. b) en una cultura individualista en la que la crianza se funda en ideas democráticas, la misma conducta significará que el niño es vivaz y capaz de analizar o cuestionar lo que le dicen, por lo que se valorará su autonomía cognitiva. De la misma manera, las funciones paternas se han definido de distinta manera según las culturas; así, en la época de la República en Roma, la decisión del Pater Familias respecto a reconocer o no al recién nacido como hijo y concederle por tanto el derecho a la vida, no era considerado como un acto de bondad o de crueldad, sino un acto de su potestad, validado por el Derecho romano. Hoy en día, una conducta semejante sería considerada la mayor violación no sólo a los derechos del niño sino a los derechos humanos fundamentales.

Consideremos el ejemplo con el que Kempe y Kempe iniciaban su libro clásico sobre el maltrato infantil: el sacrificio de Isaac. Abraham, pastor de ganado de Caldea luego de establecer un pacto con Yahwé se desplaza a Canaán e intenta seguir allí los mandatos de su nuevo dios; éste lo recompensa con un hijo en la vejez suya y de Sara, su esposa. Según el Antiguo Testamento (Génesis, 22, 1-18) este dios le solicita el sacrificio de su hijo Isaac para probar su fe, pero finalmente un ángel detiene su mano cuando va a degollar a la víctima sacrificial. Kempe y Kempe utilizan este ejemplo para ilustrar la crueldad y maltrato que siempre ha existido hacia los niños. Sin embargo, omiten analizar el por qué de este acto y su relación con la cultura de origen de Abraham: la cultura caldea, cuyos dioses exigían sacrificios y ocasionalmente el del hijo primogénito, en especial para cumplir un voto. Es decir, que Kempe y Kempe —y tras ellos muchos expertos en maltrato— cometen un anacronismo al asignar un sentido moderno a un acto de la antigüedad. Por lo demás, este es una de los mayores obstáculos para la comprensión de la Historia: aprendemos escolarmente hechos cuyo sentido para quienes los vivieron no captamos, pues actualmente no tenemos ninguna comprensión de la mentalidad de otras épocas; por lo general, los libros de texto así como los profesores no nos enseñan a comprender estos aspectos de la historia.

La posición que expongo se funda en supuestos que han sido desarrollados por diversas disciplinas. Una psicología que intente dar cuenta de la complejidad de los mecanismos psicológicos humanos en su articulación

sociocultural e histórica debe estudiar a los autores que desarrollaron estas teorías fundadoras. Por eso planteamos que la Psicología Cultural debe ser transdisciplinaria.

<i>Supuestos básicos</i>	<i>Teóricos fundadores</i>	<i>Disciplinas necesarias</i>
Los seres humanos somos seres de sentido, con memoria no consciente de todo lo vivido.	Freud	Psicoanálisis freudiano; Antropología Semiología
El sentido de los hechos nos viene de fuera, y lo incorporamos. Nuestros sentimientos son culturales.	Freud Vygotsky Lacan Norbert Elias	Semiótica; Psicoanálisis lacaniano; Sociología de las configuraciones psíquicas
Nuestra mente y sentimientos son efecto de los aprendizajes específicamente humanos.	Damasio Tomasello	Neuropsicología; Psicología cultural
El sentido de los hechos sociales y familiares (el lugar de los niños y el trato que reciben; las relaciones hombre-mujer), cambia con las épocas y con las culturas.	Vygotsky "Psicología histórico cultural" Norbert Elias Philippe Ariès Clifford Geertz	Sociología psicológica; Historia de las mentalidades; Antropología interpretativa;
La agresividad humana tiene diversos destinos según las exigencias de control social de la sociedad y del grupo de pertenencia	Freud Lacan Norbert Elias	
El yo es producto de la internalización del mundo social externo y está determinado por la cultura particular de pertenencia. Incluye a los otros incorporados dentro de sí, y a otros externos que son su referente.	Freud George H. Mead Vygotsky Norbert Elias	Psicoanálisis freudiano; Sociología de la familia; Sociología del yo.

II

APORTES DE ESTE ENFOQUE

Los puntos que acabo de resaltar exigen una conceptualización de la violencia intrafamiliar que dé cuenta del sentido de los hechos y situaciones de violencia familiar sin separar lo personal de lo socio-cultural. La mayoría de las conceptualizaciones vigentes sobre la VIF se fundan en el análisis de los fenómenos intrapsíquicos e intrafamiliares. Se requiere una perspectiva psicológica amplia que conceptualice el sentido de las violencias familiares de acuerdo

con los contextos particulares. Esto nos exige adoptar una posición teórica transdisciplinaria: en los últimos 15 años esta posición ha adquirido fuerza y reconocimiento.

Según los documentos de la Unesco (1994, 1997), la transdisciplinarietà —es decir, lo que existe entre, a través y más allá de las disciplinas— hace emerger, de la confrontación de las disciplinas, nuevos datos que las articulan entre sí, y nos ofrece una nueva visión de la naturaleza y de la realidad. La transdisciplinarietà no busca el dominio de muchas disciplinas, sino la apertura de todas las disciplinas a aquellas que las atraviesan y las trascienden. Ésta se logra cuando una disciplina siente que su identidad se quiebra porque para poder pensar sus propios objetos tiene que salir de sí misma; vive un descentramiento, y la crisis le permite construir objetos en las zonas de frontera con otras disciplinas, con las artes, con el saber popular y la imaginación social.²

La formación de las disciplinas científicas, sociales y humanas en el siglo XIX dio lugar a la creación de parcelas amuralladas: cada disciplina estudiaría un ámbito, recortándolo del todo humano. Así la sociología tomó para sí los fenómenos y estructuras de la sociedad en su conjunto; la antropología los pueblos exóticos; la lingüística el estudio del lenguaje en sí mismo; la psicología los procesos psicológicos inferiores, la medición de las ejecuciones con diversos tipos de tests, y posteriormente el estudio del desarrollo; el psicoanálisis se dedicó al estudio de lo intrapsíquico y de las diversas patologías que permiten comprender cómo funciona el psiquismo humano. Tanto la sociología como la psicología, en su pretensión de ser ciencias duras, adoptaron posiciones epistemológicas y métodos que las llevaron a construir sus objetos de estudio como si los seres humanos fueran fenómenos de la física.

A fines del siglo XX, desde el interior de cada una de estas disciplinas se empezaron a derrumbar las murallas: unas disciplinas empezaron a tomar de otras bien fuera sus métodos de estudio o de análisis, o sus conceptualizaciones. Poco a poco cambió la tajante definición y separación de sus objetos de estudio. Actualmente, los antropólogos hacen antropología de la vida cotidiana en sus propias ciudades, los sociólogos estudian la familia o el yo, los psicólogos reconocen que no se puede comprender al sujeto sin entender la manera como lo social lo constituye, e igualmente sin considerar las variantes de la subjetividad según las culturas étnicas, regionales, y de clases sociales. Así mismo, el lenguaje ha dejado de estudiarse como un objeto en sí, y los psicólogos sociales estudian cómo la manera de hablar permite comprender los modelos sociales y las identidades de quienes hablan. De manera paulatina los saberes aislados pierden primacía frente a las posiciones transdisciplinarias que se instauran para tratar de comprender la complejidad de los fenómenos humanos.

² Conferencia de Jesús Martín Barbero sobre la Transdisciplinarietà en las Humanidades. Universidad del Valle, Cali, marzo del 2004.

A lo largo del siglo XX, las distintas psicologías fueron por lo general universalizantes y ahistóricas. Universalizantes por cuanto intentaban explicar el desarrollo psíquico, el funcionamiento psicológico y las patologías desde un único modelo explicativo de persona normal construido a partir de las clases medias y altas de los países del primer mundo occidental. Ahistóricas porque sus conceptos no consideraban los cambios en el psiquismo humano a lo largo de la evolución histórica, tanto en la larga como en la corta duración.

Diversas disciplinas sociales y humanas han cuestionado en los últimos años el encierro disciplinario y propuesto perspectivas trans-disciplinarias. Tal es el caso de la Psicología Cultural; igualmente de la Sociología Cultural, de la Sociología del Yo, y de diversas corrientes históricas y antropológicas. Voy a referirme a la Psicología Cultural en cuanto puede aportar una nueva manera de plantear el problema de las modernamente llamadas “violencias intrafamiliares”, y de buscar sus causas y otras modalidades de intervención.

La lectura de los historiadores franceses de las mentalidades —Ariès, Duby, Le Goff, Delumeau, y sus discípulos— sacude al psicólogo al confrontarlo con sensibilidades y prácticas familiares y sociales totalmente diferentes a las que hoy en día consideramos normales, “naturales” y necesarias en toda crianza y relación familiar. Los niños no eran como los de ahora, ni tenían el lugar social privilegiado que hoy en día reclamamos para ellos; las relaciones parentales se fundaban en el poder y la dominación sin que nadie lo percibiera como un atropello; no se había inventado la madre centrada en el hogar y cuidado de los niños —la maternidad de dedicación intensiva—, ni existían expertos que alertaran sobre los traumas que se estaban produciendo por no poner a los niños en el centro de los afectos y los cuidados. ¿Fueron nuestros antepasados de todos los siglos anteriores unos traumatizados, o psicotizados, o neuróticos? Difícil afirmarlo. Por ser dura la vida que vivían ¿era necesariamente amarga e infeliz? Hoy en día tenemos un mandato social de ser felices y hacer felices a nuestros hijos. La historia rápidamente nos muestra que esto es una invención contemporánea, que no tiene más allá de 50 años.

La diversidad cultural en la manera de pensar y tratar a los niños, o de establecer relación de pareja, cuando se estudia y se comprende con relación al contexto histórico y social que le corresponde, nos permite captar que no hay un modelo adecuado y correcto frente a otros “atrasados” o “patológicos”. Todos los modelos tienen sentido y funcionan con relación al mundo que los produjo, y no son ni buenos ni malos en sí mismos.

En la medida en que las explicaciones psicológicas reconozcan la diversidad cultural e histórica de las sociedades, y cómo estas modelan psiquismos distintos, podrán dar cuenta del maltrato y violencias intrafamiliares sin caer en valoraciones morales —que por supuesto corresponden a la moral de la cultura de pertenencia del experto.

Una teoría psicológica que reconozca la cultura debe comprender:

- Los cambios históricos y culturales en las mentalidades y sensibilidades tanto parentales, como de la sociedad en general, respecto a niños y adolescentes;
- Las formas canónicas de relación intrafamiliar y de regulación de las familias por parte del Estado o de los expertos, según diversos períodos históricos de Occidente y de nuestra propia nación;
- La similitud entre formas de organización social y de modelamiento del psiquismo propias a otras épocas y aquellas existentes en ciertos contextos sociales actuales.

¿De qué manera las enseñanzas de estos teóricos nos permiten considerar desde una perspectiva más potente los problemas de la VIF?

Norbert Elias: el psiquismo humano no es una esencia —espíritu, alma o psique— que recibimos con la vida (al ser engendrados o al nacer), sino la decantación de las prácticas sociales características de la época y sector social en el cual nos criamos. Elias dedicó 60 años (de los 30 a los 90) a demostrar y explicar cómo las prácticas sociales establecidas para controlar, modelar y refinar las relaciones entre los adultos, poco a poco han ido pasando a otras clases sociales y en segunda instancia a la crianza de los niños. El autocontrol del cuerpo y de las pasiones aparece primero como norma social y posteriormente como estructura psíquica individual. El yo, dirá Elias, conjuga y hace funcionar internamente (sin la presencia física de ningún otro) las instancias represivas, los modelos ideales, las instancias de control y censura que la sociedad creó para limitar las violencias, el impudor. El yo es una estructura eminentemente social, moldeada por las exigencias e ideales de cada época. Por supuesto, Elias se había formado no sólo en sociología sino en psicoanálisis y compartía totalmente las explicaciones freudianas sobre un aparato psíquico no unitario sino escindido y en continuo conflicto. A las conocidas instancias freudianas —yo, ello, superyo, yo ideal e ideal del yo— Elias agregaba, con razón, un nosotros ideal o imagen del nosotros el cual de manera implacable exige al yo conformidad con las exigencias de los pares, familia extensa o comunidad.

Por tanto, si seguimos a Elias, proponemos que los psiquismos son diferentes no sólo de una época a otra sino de un sector social a otro. Actualmente ciertos sectores sociales —por ejemplo, las clases medias urbanas— exigen a sus miembros el autocontrol de los impulsos agresivos: no agresión física, concertación y búsqueda de acuerdos que no se basen en la imposición

del más fuerte o más violento; son exigencias que estos sectores sociales han acatado, y transmiten a sus hijos como forma de relación social obligada e interiorizada. Pero estas no son necesariamente las exigencias que otros sectores sociales —por ejemplo los sectores marginales, estratos 1 y 0— transmiten a sus hijos; entre otras razones porque hacerlo implicaría ponerlos en riesgo previsible frente a la violencia de sus vecinos. Porque para renunciar al ejercicio de la violencia es necesario no solo que se haya delegado en el Estado el monopolio de la violencia, y que este lo ejerza intentando ser justo, sino vivir en un contexto social en el que la supervivencia no dependa de saberse defender y tener con qué hacerlo.

Por supuesto Elias no sólo explica cómo la violencia social se transforma a lo largo de los siglos, sino también la violencia en las relaciones hombre mujer y en la relación padres hijos. Por qué y cómo los hombres renuncian al rapto de las mujeres, o a su seducción y violación. Cómo se van cambiando los estilos de relación de pareja fundados en la propiedad de la mujer y por tanto en su dominación total, a estilos en los que la mujer adquiere un mayor poder porque el hombre debe conquistarla con la palabra y no con los actos. Cómo los padres se van civilizando a lo largo de los siglos y en lugar de dominar a los hijos tratan de “ayudarles a vivir el ineludible proceso civilizador, en cuyo curso uno se vuelve adulto, sin que se deterioren sus posibilidades de goce y alegría” (Elias, 1998).³

Durante milenios, los padres habían tenido un inmenso poder sobre sus hijos. Desde hace algunos siglos esta situación empezó a cambiar, primero con las recomendaciones de los humanistas, como Erasmo, y luego de los moralistas y filósofos como Gerson y Rousseau, para quienes la relación de poder debía ser balanceada por el amor. La legión de expertos en la infancia que empezó a formarse en el siglo XIX, ha dado lugar a modificaciones inmensas en el lugar social y psicológico que ocupaban los niños en la sociedad y en las familias. Existen ahora prescripciones sociales normativas sobre cómo tratar a los niños que exigen a los padres —nos dice Elias— “un grado de consideración y reserva, de civilización, si se puede decir así, que supera con creces los grados de autocontrol y reserva socialmente aceptados de los padres de épocas pasadas —si es que antes se esperaba reserva alguna de ellos.”⁴ Elias, junto con Ariès, echan las bases de una teoría sociogenética de las relaciones padres hijos, fundamental para evitar los peligros de una teoría puramente psicogenética —como son aquellas en las que generalmente se apoyan los expertos en la infancia.

Los historiadores de las mentalidades, como Le Goff, Duby y Ariès retomando el método etnográfico para la Historia, descubrieron cómo eran las

3 Norbert Elias, *La Civilización de los padres y otros ensayos* (1997). Bogotá: Editorial Norma, 1998. (pag. 409-10).

4 *Ibid*, pag. 411.

mentalidades y sensibilidades en otras épocas, y las diferencias según posición social y oficio, o según edad y género. Todos ellos nos enseñan a tomar muy en serio lo que la Unesco propone para la educación transdisciplinaria: Una educación auténtica no puede privilegiar la abstracción en el conocimiento. Debe enseñar a contextualizar, concretar y globalizar. La educación transdisciplinaria reevalúa el rol de la intuición, del imaginario, de la sensibilidad y del cuerpo.... (Artículo 10, 1994).

En estas búsquedas transdisciplinarias - entre, a través y más allá de la división ortodoxa entre las disciplinas -, resulta fundamental el aporte de Lev Vygotsky a la comprensión de la articulación psiquismo-sociedad. Para él, la psicología debía centrarse en el estudio del hombre concreto, con sus vivencias y su drama cotidiano, en medio de su entorno sociocultural. Esta psicología debía ocuparse de los procesos psíquicos superiores, como lo proponía Wundt para la segunda psicología, la *Volkerpsychologie*. Para Vygotsky, el origen de estos procesos es socio-histórico y cultural. Es que por supuesto, él no sólo había leído a Freud, sino a Marx; y para el enfoque dialéctico materialista, el psiquismo humano se constituye al interior de relaciones sociales concretas, históricamente determinadas. En dichas relaciones sociales, la actividad productiva, los instrumentos que ayudan a transformar la naturaleza, y el lenguaje, cumplen un papel central (Galperin, 1979).

Los diversos estudios que Vygotsky realizó lo llevaron a una conclusión fundamental, contraria a la psicología piagetiana: la actividad psíquica en el hombre se construye a partir del modelo de la actividad externa. Al estudiar cómo los niños se apropian del lenguaje y del sentido Vygotsky nos mostró cómo los gestos infantiles inicialmente puramente motores y encerrados en el propio individuo, adquieren significación social, se vuelven un gesto que comunica una intención. El medio externo - social, y la interacción con el adulto, ayudan a moldear la actividad mental del niño. Lo interpsíquico se vuelve intrapsíquico.

¿Cómo explicar la agresividad y la violencia humanas?

La mayoría de los teóricos han caído en la tentación de naturalizar la agresividad de los humanos: somos agresivos e incluso violentos porque nuestra animalidad se apodera de nosotros —pelamos los dientes, nuestro cuerpo toma la posición del ataque, se nos sube la sangre a la cabeza y agredimos sin pensar. Debemos ahora acudir a otros dos grandes pensadores Sigmund Freud y Jacques Lacan. Freud entendió tempranamente —precisamente al tener frente a sí la carnicería que fue la Primera Guerra Mundial, y sus efectos no sólo de muerte sino de traumas psicológicos— que la apetencia por la muerte de los seres humanos no es una derivación de nuestra animalidad biológica, sino por el contrario, el resultado de ser seres de sentido, seres que no viven la vida sin

tener que pensar y sólo dedicados a pastar, cazar o descansar. Freud en “Más allá del principio del placer” (1918), teoriza una pulsión que mueve a los seres humanos con la misma fuerza que el Eros (el cual incluye las pulsiones yoicas y las sexuales): se trata de *Thanatos*, la pulsión de muerte (que puede dirigirse al igual que Eros hacia sí mismo o hacia los otros). Esta característica de la pulsión agresiva la retomaré más adelante pues permite entender cómo de víctima se pasa a victimario.

Fue Lacan quien retomó la pulsión de muerte y la desarrolló ampliamente, explicando además cómo se forma. La tensión agresiva se forja desde las primeras relaciones que fundan el psiquismo del bebé, y le permiten tomar una posición activa o pasiva frente al destete psíquico, según acepte o no la ausencia de la figura maternante (la imago materna); aquella que inicialmente hacía parte del ser del infante, pero cuya ausencia impone la escisión de ese ser total. El anhelo de la muerte siempre estará allí, nos dice Lacan, como efecto de esa pérdida. Las subsiguientes relaciones de identificación y pérdida alimentarán ese deseo de muerte. Así, la temprana identificación con la imagen especular, la imagen ideal, en la que el yo se constituye y se aliena, existe y se ve fuera de sí, en una existencia que le hace depender de la mirada del otro, que le hace existir por otro y para otro y no de una manera inmanente. También la identificación con el nuevo hermanito, el intruso, y el ansia de desaparecerlo, que instaura la rivalidad mortífera la cual siempre perdura en el psiquismo humano: o él o yo. Esa agresividad siempre ambivalente, siempre pasando de la actividad (actuar la agresión sobre el otro) a la pasividad (volcar la agresión sobre sí mismo), es parte de nuestra dote social, y condición sine qua non para que agredamos a lo que más queremos (incluidos nosotros mismos), o para caer en la paranoia y ver perseguidores o enemigos por doquier. Estas dos características de la agresividad humana son fundamentales para comprender los mecanismos de los diversos maltratos intrafamiliares.

III

IMPLICACIONES DE ESTE ENFOQUE

¿Qué aporta este enfoque cultural transdisciplinario a la definición de políticas para la prevención de la VIF y promoción de la convivencia familiar?

En primer lugar le exige a las disciplinas sociales y humanas que estudian el maltrato y las violencias superar los obstáculos epistemológicos, políticos y éticos que han marcado hasta ahora a las teorías que explican y buscan transformar las relaciones de VIF.

¿Cuáles son esos obstáculos?

✦ *El ahistoricismo y los anacronismos.* Estos son permanentes cuando situa-

ciones inscritas en contextos culturales ajenos a la sensibilidad y mentalidad de los expertos y funcionarios se analizan desde una perspectiva psicológica intrafamiliar, o desde la posición universalizante de los derechos de los niños. La mentalidad y la sensibilidad (qué sentir, qué interpretación dar, y cómo valorar) son particulares a los diferentes períodos históricos y al sector de población que es agente del hecho estudiado: no es lo mismo la mentalidad de los humanistas europeos del siglo XVI, quienes empezaron a proponer una relación de autoridad paterna fundada en el amor y no sólo en el poder, que la mentalidad de los puritanos emigrantes a Nueva Inglaterra, quienes proponían una crianza basada en la disciplina estricta y el rigor, para encaminar las almas a Dios. Tampoco son iguales la sensibilidad parental del siglo XVI de Europa occidental para con sus pequeños —cuando una gran mayoría eran criados por nodrizas lejos de su familia de origen, o depositados en orfanatos—, y la sensibilidad del siglo XIX, cuando los nuevos expertos de la infancia instauraron la ideología de la “buena madre”, aquella mujer exclusivamente dedicada al hogar y cuidado de sus hijos.

Dice Arturo Pérez-Reverte: *Mirar hacia atrás con las gafas de lo políticamente correcto es de gilipollas. Tú no puedes mirar la conquista de América o la guerra de Flandes con esas gafas. Era otro mundo y tú no puedes aplicar los criterios políticamente correctos del siglo XXI al mundo de los siglos XV, XVI y XVII. Eran otros valores.*⁵

✦ Explicar el desarrollo de los niños y jóvenes humanos según un *modelo único universal* determinado fundamentalmente por la maduración de las características de la especie. El desarrollo sigue patrones culturales particulares. Cada cultura busca desarrollar aquellas potencialidades que más adelante ayudarán a ese miembro de su grupo a sobrevivir en su mundo; algunas desarrollan más la inteligencia social, otras el razonamiento, otras habilidades y destrezas corporales, etc.

✦ La universalización del modelo de desarrollo y de relación parental ha llevado a la imposición de un modelo único de crianza y de relación de pareja, producido desde las teorías expertas. Modelo que al imponerse quita validez y vigencia a los modelos culturales anteriores, al descalificarlos por basarse en creencias o prácticas que los expertos consideran erróneas —sin que se analice si son las adecuadas para vivir en su medio.

Cada cultura ha producido, decantado a lo largo de generaciones y transmitido a sus hijos modelos culturales (creencias, pautas y prácticas) sobre a) cómo formar adultos para contextos particulares, y de acuerdo con los medios materiales y psicológicos a su alcance, b) cómo deben ser las relaciones de pareja y de familia; c) cómo controlar socialmente a quienes no cum-

⁵ *El País*, nov. 15 del 2003.

plen con las prescripciones culturales.

Desde los años 40 empezaron a aparecer libros de divulgación que intentaban guiar a los padres en su labor parental. De allí en adelante ha habido una avalancha de teorías y de sugerencias sobre cómo manejar la propia vida siguiendo el consejo de los expertos. Si bien ninguna de estas teorías o métodos de crianza fue ensayado antes para comprobar sus bondades, se empezó a prohibir que se criara a los hijos de acuerdo con los métodos tradicionales, a los cuales se les imputaron todas las fallas psicológicas de los jóvenes y adultos de la sociedad particular. Este fenómeno ha sido particularmente fuerte en USA donde actualmente varios libros intentan analizar por qué es esta la sociedad más interesada en establecer guías de crianza y por qué viven tan ansiosos los padres estadounidenses por criar a sus hijos bajo la guía de expertos. El problema no tendría importancia para nosotros, si no fuera porque estas mismas personas son quienes presionan para que las familias del tercer mundo adopten las mismas pautas y prácticas que el primer mundo ha establecido como las únicas correctas en la crianza de los hijos y manejo de las relaciones familiares; esta imposición se logra a través de presiones para adoptar sus mismos criterios en la evaluación de las relaciones intrafamiliares, sin importar la inmensa diferencia de contextos culturales, sociales y económicos.

✿ Conceptualizar el psiquismo como anterior a la vida social.⁶ Las teorías psicológicas aún explican el psiquismo como producto del desarrollo —en cuanto desenvolvimiento de un patrón interno, propio a la especie, que se va actualizando a través de la acción y la interacción—; no plantean como determinante la interiorización del mundo humano, pleno de sentido, con que los adultos cuidadores envuelven al bebé para humanizarlo. Hace ya siglo y medio, Marx (1867) había entendido que nos humanizamos en cuanto nos identificamos con nuestros semejantes:

Como [el hombre] no viene al mundo provisto de un espejo ni proclamando filosóficamente como Fichte: "yo soy yo", sólo se refleja de primera intención, en un semejante. Para referirse a sí mismo como hombre, el hombre Pedro tiene que empezar refiriéndose al hombre Pablo como a su igual. Y al hacerlo así, el tal Pablo es para él, con pelos y señales, en su corporeidad paulina, la forma o manifestación del género hombre.⁷

Los bebés se vuelven humanos en la relación con otros seres humanos, quienes les hablan y acunan con caricias, cuidados y gestos que el bebé debe interpretar, significar produciendo un mundo psíquico. El psiquismo es un producto de la vida social de los humanos y no un artificio inicial con el cual los

⁶ Freud fue excepción en este punto pero precisamente aquí sus postulados se adscriben al psicoanálisis y no a la psicología. Para Freud, toda psicología es psicología social, no existe psicología individual.

⁷ *El Capital*, tomo I, 1867. Cap. I "La Mercancía". Fondo de Cultura Económica. México, 1968. Nota de pie de página N° 20, página 19.

bebés supuestamente nacerían y que les facilitaría luego “socializarse”, es decir volverse seres sociales. Los bebés tienen desde las primeras semanas capacidades para captar la vida social y sus diversos sentidos; por eso se vuelven desde el inicio seres altamente sociales, y esto les permite construir un psiquismo tremendamente complejo que interioriza a los otros como modelos de identidad y como instancias de control y censura. El psiquismo infantil se construye porque el mundo social es puesto adentro, con sus normas, su lenguaje, sus exigencias, sus creencias, sus ideales. Es esta la razón de que las experiencias iniciales en familia sean tan marcantes en la vida del niño, y luego perduren a la largo de la vida como soporte o como debilidad insoportable.

Como consecuencia de los obstáculos enunciados:

✦ Se reponsabiliza a las personas por situaciones de causa social, política y económica; los programas de intervención se diseñan para enseñar a los adultos a denunciar a quienes maltratan, para castigar a quienes lo hacen a pesar de las leyes que lo prohíben, y ocasionalmente para intentar re-educar a algunos maltratantes.

✦ Se supone que es adulto y padre o madre quien aparece socialmente en posición de tal, y no quien ha tenido en su infancia, niñez y adolescencia temprana los cuidados físicos, psicológicos y de desarrollo social necesarios para volverse un adulto responsable de sí y capaz de cuidar de sí y de otros, y de formarlos de acuerdo con los valores sociales de su grupo (formar de acuerdo con las exigencias sociales de la sociedad dominante exige que el Estado provea las condiciones).

✦ Se universaliza el sentido de los actos. Si aceptamos que los seres humanos somos seres de sentido, y que los sentidos dependen del lenguaje y de las experiencias personales en contextos familiares y culturales particulares, los hechos vividos por una persona no pueden interpretarse usando un diccionario único construido con las definiciones de los expertos del primer mundo. Consideremos como ejemplo la prohibición de toda forma de castigo físico, considerado por los expertos internacionales y nacionales como maltrato. O la prohibición del trabajo infantil, bajo cualquier forma, por interpretarse como un abuso laboral que malogra el buen desarrollo del niño.

No obstante, si nos basamos en las conceptualizaciones de Elias, Vygotsky, Freud, Lacan y varios otros que he nombrado, podríamos intentar explicar el maltrato de manera no individualizante, y así diseñar intervenciones que busquen modificar las causas, a nivel personal y social, para que resulten más efectivas a largo plazo.

Podríamos sintetizar varios los planteamientos anteriores y analizar las

implicaciones de una perspectiva cultural para las políticas de convivencia familiar. Si nuestro psiquismo es modelado:

✿ Por las creencias y prácticas de los adultos y pares que nos rodean desde niños:

- según sus teorías implícitas sobre cómo son los niños y niñas y cómo se los debe tratar a lo largo del crecimiento;
- según el tipo de adulto que quieren formar;
- según los tipos de correctivos y exigencias que establecen;
- de acuerdo con normas a las que ellos mismos se someten o no.

✿ Por las normas, principios y valores⁸ del *contexto* en que los niños se crían:

- según la consistencia entre las exigencias de la sociedad dominante en su Constitución y códigos especiales con las prácticas reales de los programas, las instituciones y los funcionarios encargados de cumplirlas;
- de acuerdo con las exigencias implícitas y explícitas del medio en que los niños se crían;
- según los ideales y metas que en esa familia y sector aparecen como modelo de buena vida, así como los medios que consideran apropiados para lograrlas;

✿ Lo que posteriormente como jóvenes o adultos nos parezca adecuado o inadecuado, deseable o rechazable, no es el resultado de un ejercicio de razón, o de reflexión moral, sino que es algo que nuestro psiquismo nos impone como decisión porque es la más coherente con nuestros valores, experiencias previas, modelos interiorizados y estilos de vida.

Qué moral guíe nuestros actos depende de en qué mundo nos hemos formado, qué formaciones reactivas se han desarrollado en nuestro psiquismo, y qué tipo de conciencia moral, ideal del yo, e imagen de nosotros se ha constituido en nosotros y guía nuestras interacciones y nuestros afectos. Sentir o no culpa, remordimiento, responsabilidad por los propios actos, no depende de aprioris kantianos sino de cómo nuestra sociedad nos convirtió en sujetos de esa sociedad particular.

De la misma manera, cuáles son nuestros sentimientos con respecto a los actos violentos no depende de una conciencia moral universal que hayamos recibido con el principio espiritual que hizo emerger en nosotros el aliento de vida. No. Nuestros sentimientos dependen de qué sentían y sienten aquellos con quienes aprendimos a sentir. Para muchos niños y jóvenes colombianos la venganza, la crueldad, el regocijo con dañar a quien te hizo daño

⁸ Estas normas, principios y valores pueden ser contrarios a los que la sociedad en proceso de civilización considera ideales. Por ejemplo, agrupaciones como la mafia, la guerrilla, las pandillas o los narcos tienen sus propios principios y normas fundados en lo que para ellos son los valores fundamentales; un principio puede ser la lealtad (no delación), la solidaridad con el grupo (y traición con los de fuera), etc.

y con humillar a los débiles, son sentimientos dominantes que guían los actos en su entorno, y que expresan abiertamente cómo sentirse al dejarse llevar por la pulsión agresiva. Devolver golpe por golpe, no dejarse de nadie, son principios de vida en muchas comunidades, las cuales igualmente modelan los afectos de rivalidad, dominación, traición, retaliación.

IV

EL DESTINO DE LAS PULSIONES AGRESIVAS DESDE FREUD Y ELIAS

Las pulsiones humanas —y las agresivas no escapan a ello— pueden seguir diversos caminos. No siempre se expresan de manera directa y sin ambages. Todas las culturas del mundo intentan de una manera u otra dominar las pulsiones agresivas, por ejemplo dirigiéndolas exclusivamente hacia los enemigos —a los que está permitido cortar en pedacitos e incluso comer de ellos. No obstante, las grandes civilizaciones se iniciaron no sólo con el urbanismo y la división social del trabajo sino precisamente con el establecimiento de códigos morales que ordenaran y regularan la conducta social, a nivel privado y público; el código de Hamurabi es uno de los primeros ejemplos de este ordenamiento de las costumbres, y también los Diez mandamientos que aprendimos de niños. De allí en adelante ha habido avances y retrocesos en ese proceso de civilización de las pasiones humanas.

El proceso de civilización de las pasiones agresivas (y también de las eróticas) se logra, según Freud, mediante varios mecanismos, los cuales, según nos demuestra Elias, no han existido siempre y son un producto construido a lo largo de la historia de la civilización de las sociedades:

1. La transformación de las pulsiones en su contrario, usando la fuerza del deseo para contener y reprimir la pulsión ahora prohibida por la sociedad. Son las llamadas formaciones reactivas. Es decir, que el ello no es idéntico en todas las culturas, sino que igualmente es modelado y transformado.
2. La interiorización de las prohibiciones bajo la forma de mandatos, voces ► el superyo.
3. La interiorización de la moral cultural, bajo la forma de la conciencia moral, que desde el interior califica nuestros actos, e incluso nuestros pensamientos y anhelos.
4. La interiorización de ideales que transforman la pulsión agresiva en actividades socialmente permitidas ► constituir un ideal del yo.
5. La interiorización del deber ser grupal, que Elias introduce como otra ins-

tancia: la imagen del nosotros, al cual el yo se debe conformar.

1. Para el caso de la agresividad las *formaciones reactivas* producirían:

- Repugnancia y asco ante el daño físico o psíquico producido en el otro, en lugar de avidez y ganas de seguir cortando, dañando, destrozando. En vez de ensañarse con el cadáver —o con las imágenes de horror de ciertas masacres sentir ganas de vomitar, de no poder soportar en las tripas el espectáculo macabro.
- Compasión, dolor por el dolor ajeno, en lugar de placer con su sufrimiento.
- Anhelo de equidad y justicia, en lugar del sentimiento de venganza.

2. El *superyo* es una de las instancias psíquicas más arcaicas, pues su poder se funda en la interiorización de las primeras prohibiciones, referidas al control del cuerpo y de la relación con los otros. En lo que se refiere a la agresividad, reprime en sociedades civilizadas⁹ pulsiones muy primarias de tipo oral y anal, y por supuesto de dominación fálica (todo lo referido a exhibición, penetración, goce fálico que no implique el deseo del otro). Es decir, que hay sociedades, o momentos de crisis en una sociedad —por ejemplo las guerras, nos explica Elias— en los que estas prohibiciones se convierten en mandatos con relación al pueblo o grupo enemigo. El superyo es la instancia menos reflexiva de las que intentan controlar, y funciona como un emperador que ordena y manda de manera feroz.

3. La *conciencia moral* permanentemente nos enjuicia y declara con gran frecuencia que somos culpables. El sentimiento de culpa es una consecuencia de la severidad de este juez moral interno, el cual por supuesto no se rige por normas universales, ni existe en todas las personas de igual manera. Desde los primeros años cada cultura inculca los principios morales que deben guiar la conducta de sus miembros; estos pueden ser propiciadores de la agresión o controladores de la misma. Por ejemplo, pueden exigir a sus miembros vengar todas las muertes de familiares de sangre.

4. El *ideal del yo*. Al identificarse con personas que encarnan valores y principios culturales y muestran con su ejemplo cómo asumir una conducta valorada por esa sociedad, los niños y adolescentes internalizan esos ideales. En lo referente a *Thanatos*, se trata de domesticar la agresión para que su fuerza se canalice al servicio de actividades útiles o artísticas valoradas por esa cultura —ser cirujano, odontólogo, cazador, leñador, novelista, etc.

⁹ Utilizo esta expresión en el sentido de Elias, es decir, sociedades que hacen parte de un proceso civilizatorio, lo cual no quiere decir que sea progresivo ni lineal. Por el contrario, el proceso puede caracterizarse por detenciones e incluso regresiones.

5. La *imagen del nosotros*, lo que el grupo propone implícitamente como forma de conducta aceptada, exigida y valorada para ser reconocido como miembro y apoyado por el grupo. Conformarse a esa imagen da pertenencia e identidad. Puede por tanto ser un excelente controlador de la agresividad o de las pulsiones corporales (para ser aceptado por los pares), pero también, en ciertos sectores, puede ser un excelente propiciador de la expresión directa de la agresión y la violencia. Por ejemplo, cuando para ser aceptado por los pares primero hay que dar muestras de valor que implican agredir a otro, herir o matar.

Tomando en cuenta todos estos posibles destinos de las pulsiones agresivas, resulta evidente que no todos los psiquismos humanos refrenan la agresión, ni sienten culpa, remordimiento o “propósito de la enmienda” después de haber acuchillado o violado. Sólo en ciertas condiciones de vida, y bajo ciertas exigencias sociales, interiorizadas desde la infancia, se constituyen psiquismos que funcionan de acuerdo con los planteamientos de los derechos humanos. Muchos de los tipos patológicos de la psiquiatría clásica nombraba bajo el nombre de psicopatía, sociopatía, anomia, a esos funcionamientos psicológicos en los que el psiquiatra o experto no reconoce los sentimientos que nuestra civilización nos ha enseñado deben ser los “naturales”. La psicología cultural, la sociología del yo y el psicoanálisis lacaniano nos enseñan que no se trata de patologías sino de formaciones psíquicas acordes con organizaciones sociales y condiciones de vida, con particularidades de la crianza, y con el tipo de relaciones parentales que se tuvo: por ejemplo, genitores que no podían asumir simbólicamente el papel de padres protectores.

Examinemos ahora qué ocurre si las condiciones de una vida no han sido las propicias para producir un psiquismo que favorezca el encauzamiento de la agresividad:

- Si se ha crecido en un medio en el cual predominaba la violencia social cotidiana: viviendo desde la niñez persecuciones, desplazamientos, dominio barrial de pandillas que impiden la circulación y obligan a tomar partido.
- Si se ha crecido con “derechos de papel”, pero no efectivos: pésima escolarización privada porque no hay cupos en las instituciones del Estado, y si los hay esta escolarización tampoco es óptima; inexistencia de servicios eficaces de salud; carencia de alimentación suficiente y adecuada.
- Si se ha crecido en un contexto en el que no se nace igual a los demás porque no hay el derecho a una vida digna.
- Si se ha crecido viendo al padre o padrastro maltratar a la madre, o abusar de las hermanas.

- Si se ha crecido en un barrio en el que es necesario aprender desde muy pequeño a defenderse y agredir para poder ser tenido en cuenta, y no ser maltratado o incluso violentado por los pares.

¿Podemos responsabilizar y culpar a las personas que crecieron en algunas de esas condiciones de no tener controles internos para autocontrolar su violencia?

Más aún, ¿podrán estas personas modificar su organización psíquica mediante talleres de reeducación en los que se intenta transmitirles los valores de la sociedad dominante? ¿Es un problema de falta de información sobre qué es lo correcto, y por tanto de re-educarlos dándoles los principios y valores que su familia y medio no les proveyó?

Y si se trata de adultos —padres irresponsables, padres violentos con su esposa/o e hijos, papás o padrastos abusadores de sus hijas, ¿logrará la cárcel cambiar su psiquismo? ¿Qué ocurre cuando regresan de cumplir su condena? ¿Qué ha cambiado?

Si la agresividad es efecto de la humanización y por tanto parte de nuestra dote como seres sociales, se necesitan:

A. Estructuras sociales (instituciones, normas, procedimientos) que en lugar de condenar la agresividad la canalicen y creen condiciones para que pueda ser utilizada sin dañar;

- Contextos sociales en los que la vida no dependa de la propia fuerza y bravura para defenderse y para sobrevivir;
- Instituciones educativas donde todas las personas de la sociedad, sin importar su condición social o étnica, reciban una escolaridad de alta calidad, que de entrada no los marginalice social y culturalmente.

B. Instituciones y programas dedicados a tratar clínicamente y en contextos sanadores a quienes necesitan transformar su psiquismo, el cual ha sido forjado para recurrir a la agresividad y a la violencia como forma de relación privilegiada.

Esto implica que no se haga re-educación, bajo la forma de enseñar la importancia de los principios morales de respeto, solidaridad etc. Para que los niños, adolescentes y jóvenes reconozcan esta importancia, no basta con que un adulto educador lo plantee así; se requiere que ellos puedan sobre la marcha, en las actividades mismas, llegar a entender cómo funcionan estos principios, qué les aportan que sea mejor que los que siempre han regido sus vidas. Por esto no basta la transformación personal sino el cambio de condiciones de vida, porque no se pueden quitar los mecanismos y estrategias de supervivencia a estos chicos y devolverlos a sectores donde están permanentemente

en peligro y deben ser duros para sobrevivir. La compasión no le sirve a quien debe estar a la defensiva.

V

LIMITACIONES DE ESTE ENFOQUE

1. Plantear el problema de las VIF de esta manera sociogenética y psicogenética al mismo tiempo, no permite transigir. Se debe adoptar una posición política combativa que obliga a ser crítico frente a muchos programas que nada van a cambiar.

Por ejemplo, Nancy Scheper-Hughes (*Small Wars*)¹⁰ expone que no se puede adoptar la posición moralista, que absuelve a quienes fomentan la inequidad y condena a quienes son sus víctimas.

Es necesario distanciarse de “la santurronería bienpensante de las almas caritativas.”¹¹

2. Adoptar una posición transdisciplinar exige un esfuerzo de formación muy amplio y exigente. Por una parte, ampliar fronteras obliga a estudiar otras disciplinas para poder lograr una comprensión socio-genética de los problemas llamados psicológicos. Es necesario aprender historia de las mentalidades, sociología, psicoanálisis, psicología histórico cultural.. y pensar desde allí las preguntas que como psicólogos nos planteamos. Igualmente exige una posición reflexiva y autocrítica frente a la propia disciplina, poner en cuestión certezas, despojarse de verdades, plantear interrogantes frente a los logros mayores de nuestra civilización para no universalizarlos ni idealizarlos.

3. Exige mostrar que las raíces culturales y sociales de un problema de VIF pueden dar lugar a posiciones contrarias, según el problema. Es decir, que no se trata de defender todo lo que tenga una génesis cultural, suponiendo que no se deba cambiar, pero tampoco se trata de exigir el cambio por decreto de patrones culturales muy arraigados cuyo sentido es contrario, o al menos distinto del que exponen los expertos. Es decir, que se deben estudiar las prácticas y descifrar el sentido que tienen para quienes las ejecutan, en lugar de suponer que la práctica en sí misma es dañina o lesionante.

Por ejemplo, haber estudiado previamente las modalidades de corrección y autoridad en comunidades tradicionales y comunidades en transición —una hacia la modernidad y otra hacia la negligencia— me permitió entender, cuando hice un estudio sobre la transmisión intergeneracional de las VIF,

10 Nancy Scheper-Hughes y Carolyn Sargent, 1998. *Small Wars. The cultural politics of Childhood*. Los Angeles: University of California Press.

11 Estupenda frase de Catherine Portevin en *Deberes y Delicias. Una vida entre fronteras. Entrevistas a Tzvetan Todorov* (2002) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económico, 2003.

que en Colombia es prematuro y absurdo imponer a la fuerza la prohibición del castigo físico y su satanización. No se puede quitar drásticamente (con amenaza de tutela por parte de los hijos) un elemento básico de la autoridad tradicional, sin antes enseñar otras modalidades de corrección que estén al alcance de la comprensión y experiencia de estos padres. Muchos expertos bien-intencionados se sienten orgullosos de imponer una visión moderna de la crianza, pero no se han dado cuenta de que las formas de relación de autoridad corresponden a cambios civilizatorios en las sociedades que deben fundarse en cambios en las condiciones de vida y en las mentalidades y sensibilidades de los adultos. Esto no se hace con decretos, ni en una o dos décadas.

No se han estudiado los condicionantes sociales y psicoculturales que impiden, por razones culturales, la denuncia de abuso sexual intrafamiliar. Las mujeres no sólo no denuncian por no quedar sin sostén económico, sino porque las dos familias implicadas tienen su propia posición frente al hecho y exigen que se la tenga en cuenta. Así, para la familia del denunciado como abusador puede ser más fuerte la preocupación de proteger el buen nombre familiar de intromisiones exteriores, o la tradición de callar los abusos, por lo cual harán la guerra a la mujer que lo delate. Así mismo, su propia familia puede llegar a matar al abusador si la justicia no ha actuado. Sin embargo, en las instancias legales se maltrata psicológicamente a las mujeres que se retractan en sus declaraciones del compañero o familiar abusador, sin tener en cuenta las enormes presiones psico-culturales que reciben estas mujeres por parte de ambas familias. El problema es tratado como si fuera meramente un asunto racional y legal, que no tiene componentes socio-culturales y económicos. Para los expertos —jueces, trabajadoras sociales, psicólogos— los delitos se deben denunciar, y quien no lo hace es un cómplice, o algo similar.

No me he referido aquí a los alcances que podría tener a nivel de la intervención el que se comprenda la problemática de las violencias intrafamiliares desde una perspectiva cultural. Esto podría desarrollarlo en otra oportunidad. Sólo quiero enfatizar que algunos señalamientos que nuestro grupo ha hecho a este respecto, en los últimos años y como consecuencia de nuestras investigaciones, han permitido cuestionar posiciones “importadas” tales como las que igualan castigo físico con maltrato. Nosotros hemos demostrado que en nuestra cultura, de ninguna manera pueden igualarse estas dos prácticas, y que hacerlo tiene graves consecuencias para el ejercicio de la autoridad.

Quiero finalizar señalando lo que Robert Coles¹² (1986) argumentó en su libro sobre *La vida política de los niños*: “...las identidades nacionales y los contextos políticos, que alguna vez se pensó estaban fuera del alcance de los niños, de hecho permean ampliamente su conciencia, su moralidad, su sentimiento de seguridad, y sus maneras de estar en el mundo y de pensar acerca de él.”

12 Robert Coles, 1986, *The Political life of Children*. Boston: Houghton Mifflin. Citado por Nancy Sceper Hughes (p. 2).